

## Las conferencias de Esther de Cáceres

Voz que suena como un faro en los salones, a gozar del análisis que la inteligencia de los textos proporciona; la que pone pasión cuando discute con su amigo Enrique Dieste, a quien no puede convencer, sobre la responsabilidad política de Ortega y Gasset, «que en el otro mundo se verán las caras»; que se atreve a probarle a Carlos Vaz Ferreira el valor de la pintura de Torres García, cuando no se creía en su técnica.

La persona que el mismo Vaz Ferreira quiso ver antes de morir entre todas sus amistades; la que emerge del caudal humano de la calle para abrazar a la adolescente que escribe poemas, y desaparece rápidamente entre la multitud; la que responde a la niña que en España le señala que tiene corrido un punto de la media y en cambio no sabe en dónde queda el monasterio benedictino que Esther de Cáceres quiere visitar, que «de esas cosas tiene que ocuparse, no de saber si ella tiene algún punto corrido en la media»; es la mujer de quién Gabriela Mistral quiso conocer al esposo — el Dr. Alfredo Cáceres, el psiquiatra más competente de Uruguay —, cuando vino a Montevideo porque quería ver la cara del hombre «que dejaba en libertad a su mujer».

Es la mujer que, después de dictar cátedra en el Paraninfo de la Universidad, busca con los pies, debajo de la mesa, los zapatos de taco que se ha sacado, y ya cerca del final, no los encuentra, para despedirse del público; la que gatea por la sala en la casa de Carlos Vaz Ferreira porque se le ha caído un ondulín del pelo, cuando el español Casal Chapí fuera invitado a tocar al piano «El Caballero de Olmedo», compuesto por él mismo, sobre texto de Lope de Vega.

Su esposo, se salvó de que lo empujara al vacío un loco desde el piso octavo en que vivían cuando, subido a una silla para colocar la cortina desprendida de la ventana, se revolvió los agujeros de la nariz con los dedos, y al loco le dio tanta risa que se distendió e involuntariamente lo empujó, sin provocar un accidente grave. Este mismo loco, según contaba el Dr. Cáceres, lo había seguido una vez en el Hospital Vilardebó para taponarlo con su sombrero un agujero que se le había hecho en los pantalones, como producto de los avatares propios del ejercicio de su profesión. Esther se cubre la rotura de la pollera con una cartera grande porque «lo que vale no es la ropa sino las personas».

Al leer estas anécdotas se puede comprobar que la seriedad de los temas tratados en las conferencias no invalidaron el espíritu de juego que animaba a los dos.

Orfila Bardesio